

y Chipriotas, formando alianza con los Egip-
cios, se sublevaron; pero el rey de Persia,

349.

de las armas griegas.
de la traicion, volvió a sujetar a los
de los confederados, le entregó a los
destruida (354), y la Fenicia, que
Focion y Bagabara le impusieron
de Chipre, y el mismo año se
cambrado a Egipto, y se dio
venció a Naxos, y a los
los tiempos de la guerra
en Persia, se dio

338.

336.

Dar
Coc
mar

33

Pas
Grá

33

de la Polonia. Por todas partes se restableció,
como en lo antiguo, el gobierno del pueblo; el

entre sus ruinas,
la Grecia que de
del botin a los
de sus primeros
la victoria se de-
seguis, que unian
que la presen-
de una sola
favorables, y se
nuevo y ríspido
esta entónces, se

a la Grecia, no
a los pocos días
obra gran
de la era
con el
de un
de un
de un
de un

de un
de un
de un
de un

de un
de un
de un
de un

de un
de un
de un
de un

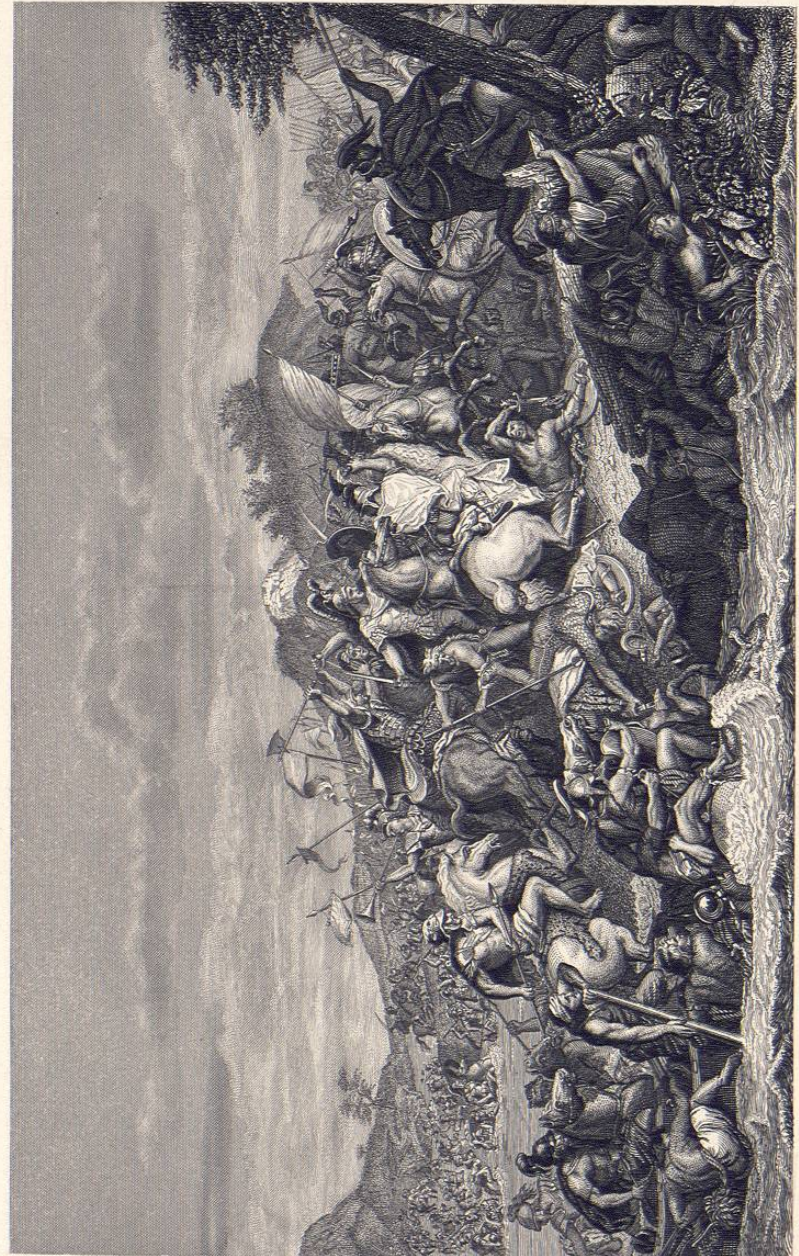
de un
de un
de un
de un

de un
de un
de un
de un

de un
de un
de un
de un

de un
de un
de un
de un

de un
de un
de un
de un



Paquin sc.

Le Brun pinx.

BATALLA DEL GRANICO.

App. Ch. Goussier del. Paris.

Garnier freres Editeurs.

el Asia Menor, dejando á los Griegos la antigua forma de gobierno; pero en cuanto á la administracion civil y militar, convirti6 en verdadera vigilancia la aparente que habian ejercido los Persas.

Batalla
de Iso.
333.

Dario, en lugar de aguardarlo en las inmensas llanuras de la Asiria, donde hubiera podido desplegar sus numerosos ejércitos, se intern6 en estrechos desfiladeros, y fué luego derrotado completamente en Iso, peleando él mismo hasta ver muertos los caballos de su propio carro. Se cree que despues de esta victoria, fué cuando Alejandro concibi6 el designio de derribar enteramente el trono de Persia. Con este propósito rechaz6 las proposiciones de paz; y tan seguro se consider6 de vencer, que en vez de seguir á Dario, pens6 en hacerse dueño del mar poniendo sitio á Tiro.

Sitio de
Tiro.

Tiro era aliada natural del rey del Eufrates; y una dependencia nominal, como la de Venecia, de los emperadores de Oriente le proporcionaba la paz y la facilidad de las especulaciones marítimas. Resistió, pues, á Alejandro, fiando en su posicion que la habia salvado de los ataques de los reyes de Asiria y de Nabucodonosor; y desplegó todo el poder que se vió ejercer á Venecia contra la Europa conjurada para hacerle la guerra á consecuencia de la liga de Cambray. Pero los Griegos estaban excitados por una celosa ira contra la armada de los Tirios, siempre dispuesta á trasportar á sus enemigos, y así la asaltaron con encarnizamiento. Las ciudades comerciales, cuyas guerras son siempre á muerte, la odiaban por rivalidad; tanto, que la fenicia Cartago no respondi6 á sus peticiones para que la socorriese, y la griega Siracusa la escarneci6; al paso que Dario, en los siete meses que dur6 el sitio, ni acudi6 en su auxilio, ni siquiera reuni6 un ejército para distraer á Alejandro de aquel punto, única estrategia que acostumbraban á usar los antiguos.

332.

La nueva Tiro, despues de destruida la antigua por Nabucodonosor, habia sido edificada en una isla situada en frente de esta, y como isla parecia inexpugnable sin buques que la atacaran; pero Alejandro tenia ingenieros muy experimentados en toda clase de artes bélicas, y estaba dotado de un valor que crecia con los obstáculos. Uni6 la isla al continente por medio de un dique que interrumpian con frecuencia las salidas de los sitiados y las tempestades, y despues de siete meses de obstinado ataque y de obstinadísima resistencia la tom6, mandando pasar á cuchillo á ocho mil ciudadanos, vender á treinta mil y ahorcar á los jóvenes que se rindieron, en número de dos mil (1). Ent6nces, sobre las ruinas de la señora del mar, el d6spota de un canton de la Grecia (2) ofreció sacrificios al Hércules Tirio.

(1) DIODORO I. XVI.

(2) El arte de los sitios, mejorado primero por los Rodios (FILO, *De telorum constructione. Mathem. Veteres.* Paris, pág. 50) y por los Cartagineses (ATENE0, *De machinis;* id. pág. 3), fué llevado á su perfeccion por Dionisio, Filipo y

Igual escarmiento preparaba á Jerusalem por haberse mantenido fiel á los Fenicios; pero el sumo pontifice Jadro, que le sali6 al encuentro en toda la majestad de los arreos sacerdotales, consigui6 aplacar su cólera (1).

En Gaza, antigua capital de los Filisteos, se resistió intrépidamente Bétis; pero Alejandro lo venció al fin, y acordándose mas del Aquiles homérico que del respeto debido al valor des-

Alejandro, y despues por Demetrio Poliorcetes y los Tolomeos.

« Reinaba en Sidon Estraton, cuyo poder se apoyaba en el de Dario; pero, habiéndose rendido la ciudad mas bien por la voluntad del pueblo que por la suya, no pareció ya digno de reinar. Facultado, en vista de esto, Efestion por Alejandro, para poner allí el rey que creyesen mas acreedor á ello los Sidonios, propuso que fuese elegido entre sus huéspedes, que eran de los mas ilustres jóvenes de la ciudad. Estos, sin embargo, se negaron, diciendo, que segun la costumbre del país, ninguno entre ellos podia revestir tal dignidad, si no era de estirpe régia. Efestion, admirando tanta grandeza de alma, que les impelia á despreciar lo que otros buscaban á hierro y fuego, dijo: « Loor á vuestra virtud, generosos jóvenes, pues habeis comprendido los primeros cuánta mayor gloria hay en rehusar que en aceptar un trono. Elegid, pues, á alguno de real estirpe, y que se acuerde que recibí la corona de vuestras manos. » Ent6nces aquellos, viendo que muchos por la codicia del reino adulaban á los amigos de Alejandro, convinieron en que el mas digno de todos era un tal Abdalónimo, unido por parentesco á una larga serie de reyes, y que cultivaba con sus propias manos para poder vivir un huertecito en las afueras de la ciudad. La pobreza habia sido para él, como para tantos otros, maestra de probidad y atento al trabajo cotidiano, no habia oido el estrépito de los ejércitos que habian trastornado el Asia. Los jóvenes de quienes hemos hablado entran de improviso en el huerto con las reales insignias, y encuentran á Abdalónimo, que estaba arrancando del campo las yerbas estériles; le saludan por rey, y uno de ellos le dice: « Es preciso que cambies la pobreza de tus vestidos por la riqueza de los que ves en mis manos; limpia tu cuerpo; cobra ánimo de rey, y en la elevacion de que eres digno, conserva esa modestia. Y cuando te sientes en el regio trono, señor de la vida y de la muerte de todos, no olvides nunca la situacion en que, ó mejor dicho, á causa de la cual, recibes hoy el cetro. » Parecíale á Abdalónimo que estaba soñando, y preguntaba si tenian sana la mente los que hacian de él tan cruel burla. Pero, viendo que mientras dirigia semejantes preguntas á los circunstantes, le lavaban el cuerpo y le vestian la púrpura resplandeciente de oro, ya pudo dar crédito á sus juramentos. Proclamado rey, se dirigió en compañía de aquellos al palacio. Este acontecimiento llamó, como no podia ménos, la atencion de la ciudad, suscitando mil rumores; quién lo aprobaba y quién no; los mas ricos le echaban en cara su pobreza y misero estado, cuando hablaban de él con los amigos de Alejandro. Este lo llamó á su presencia, y despues de haberle contemplado muy bien, le dijo: « Tu aspecto no desmerece de la nobleza de tu estirpe; quisiera, sin embargo, saber cómo has soportado la pobreza. » — « Plegue al Cielo (respondió Abdalónimo) que pueda con igual ánimo sobrellevar la corona: estas manos bastaban á mis deseos; no poseyendo nada, nada me faltó. » Al oír tales palabras, se form6 en Alejandro una alta idea del alma de Abdalónimo, por lo cual orden6 que fuesen entregadas no solo las alhajas reales de Estraton, sino tambien otras muchas que formaban parte del botin cogido á los Persas, y aadi6 á sus dominios el país que rodeaba la ciudad. »

Hasta aquí Quinto Curcio, cuya relacion hemos preferido, no tanto por la confianza que nos merezca este escritor, como porque cuenta el hecho en términos mas racionales que ninguno. Arriano no lo menciona; pero sí Diodoro, quien trasladada la escena á Tiro, cuyo rey, por otra parte, ni se llamaba Estraton, ni estaba ausente de la ciudad cuando la tom6 Alejandro; por el contrario, quedó prisionero, y luego el Macedonio le restituyó la corona. Plutarco tampoco habla del caso anterior en su Vida de Alejandro; pero se refiere á él en el discurso sobre la fortuna de este rey, atribuyéndolo al rey de Páfos y á un cierto Alin6mes, y olvidándose de que Alejandro nunca estuvo en Páfos. Justino (XI. 10.) relata tambien el hecho en los términos que lo hace Curcio; pero la critica con dificultad puede resolverse á aceptarlo.

(1) Solo Flavio Josefo refiere este hecho, así como solo Quinto Curcio el de Bétis.

graciado, mató cruelmente á aquel héroe, lo arrastró alrededor de la ciudad, hizo degollar á diez mil ciudadanos, y puso en venta á las mujeres y á los niños.

Egipto. Pasó en seguida á Egipto, al cual fácilmente sublevó contra los Persas, aborrecidos allí, sobre todo porque no toleraban su idolatría. Cuando Buonaparte penetró en aquel país, publicó un bando que decía en lengua árabe: «Pueblos de Egipto, si os dijeren que vengo á destruir vuestra religión, no lo creáis: responded que vengo á devolveros vuestros derechos, y á castigar á los usurpadores, y que venero, mas que los Mamelucos, á Dios, á su profeta y al Corán... Cadíes, jeques, imanes, shorbahs, decid al pueblo que nosotros también somos verdaderos Musulmanes. ¿No hemos humillado al papa, que predicaba la guerra contra los Musulmanes? ¿No hemos destruido á los caballeros de Malta, insensatos que creían voluntad de Dios el atacar á los Musulmanes (1)?»

La política que dictaba esta proclama al Alejandro de nuestros días, indujo al antiguo á restablecer las primitivas leyes y el culto de los Egipcios, mostrándose acatador de sus dioses, como lo había hecho con los oráculos griegos, con el Melcarte tirio, y con el Adonai judaico; y arrojando nuevos peligros se dirigió al través del arenoso desierto á visitar en el oasis el templo de Júpiter Ammon, de quien se proclamaba hijo.

En otros puntos se le asemejaba Napoleón: queriendo que la guerra fuese provechosa á las artes de la paz, llevaba consigo un estado mayor como se diría hoy, compuesto de una sección de geógrafos y otra de ingenieros, encargados de levantar los planos, de tomar las medidas y de regularizar los campamentos y ataques. Otros recogían cuántas rarezas encontraban (2) para remitírselas á Aristóteles, que de este modo pudo escribir la historia natural; los filósofos examinaban la ciencia de los pueblos vencidos, y los historiadores anotaban diariamente los acontecimientos.

Con la vista fija en todo, vió Alejandro un gran lago llamado Mareótis, que recibía las aguas del Nilo y comunicaba con el mar; y pareciéndole á propósito para un puerto, edificó allí una ciudad, cuyo diseño hizo el arquitecto Sostrato, de manera que los vientos etesios circularan por las calles purificando la atmósfera. Situada Alejandría en el límite del desierto de África, no pertenece al Egipto sino por el canal que da

(1) El original de esta proclama lo trae SILVESTRE DE SACY en la *Chrestomathie arabe*. París 1826. (*)

(*) También lo trae Carmenin en su *Libro de los oradores*, artículo Napoleón. (N. del T.)

(2) Cerca de Nicea encontraron las tropas de Alejandro tantos monos que los tomaron por un ejército. Los antiguos cazaban estos animales de la manera siguiente. Los cazadores disponían en el bosque muchas vasijas llenas de agua, y se lavaban la cara á la vista de los monos. En seguida sustitúan el agua con liga, y se retiraban. Aquellos animales, guiados del instinto de imitación, bajaban entonces á las vasijas, y se embadurnaban la cara, de modo que, quedándose ciegos, no podían huir.

salida al Nilo; comunica con la Europa por el Mediterráneo, y dista poco del Golfo Arábigo, por donde recibe los productos de la India; situación adecuada como ninguna para llegar á ser el centro del comercio y la navegación. Tal se conservó, efectivamente, al través de los siglos y las vicisitudes, y actualmente es aun el emporio de todo el comercio entre el Egipto y el Mediterráneo.

Tantas prosperidades del enemigo hacían á Darío desear cada vez mas la paz y ampliar sus proposiciones; pero Alejandro, sin darle oído, pasó el Eufrates y el Tigris, y avasalló con facilidad el Asia Inferior, que floreciente y tranquila no se cuidaba de la caída de sus dominadores.

En Arbela se encontró el ejército de Alejandro, escaso, disciplinado y ansioso de combates, frente á frente de la multitud de gente mercenaria ó forzada que componía el ejército de Darío, con una inmensa comitiva de mujeres, eunucos, tiendas y equipajes. La táctica triunfó entonces del número; no sin que Darío se mostrase digno de mejor fortuna en tan gran desastre, que inútilmente había tratado de impedir, pues combatió como un soldado, y arrastrado luego en la fuga general, se portó con mayor generosidad que Napoleón en el paso del Berezina y en Leipzig, no consintiendo que se cortase el puente despues de haber él pasado, y negándose á fiar su defensa á Griegos mercenarios por no humillar á sus Persas. Pero estos le vendieron; Beso, sátrapa ambicioso, lo asesinó; y él, ya moribundo, dió á un Macedonio la comision de que fuese á hacer presente á Alejandro su reconocimiento por la generosa conducta que había observado con su mujer y sus hijas, que habían caido prisioneras. Inmediatamente se rindieron Babilonia, Susa y Ecbatana; y Alejandro, ebrio de gloria y de vino, incendió á Persépolis, cuyas llamas anunciaron el fin del imperio de Ciro.

La Bactriana, en donde Beso había intentado formarse un reino, humilló su frente al vencedor; y esta provincia y la Sogdiana, escalas ambas del comercio, aumentaron la importancia de tan maravillosa conquista. Alejandro, atravesando países mas elevados que nuestros Alpes, sin mapas ni vestigios de viajes anteriores, puso á una admirable prueba la constancia de sus soldados. Despues de castigar á Beso, se dirigió á Samarcanda, y proveyéndose de caballos en un país donde los hay de sobra, llegó al Yaxartes (Sihun), donde fundó otra Alejandría. Allí se detuvo, no muy lejos de Persia y en situación de poder informarse de la India: árbitro del Caspio, puso en comunicacion por medio de un camino militar en direccion de Herat y de Nischapur todas las partes de la Persia, y fundó ciudades griegas; fundacion cuya conveniencia está probada, en el mero hecho de haber conservado hasta hoy su importancia comercial.

Pero la prosperidad, como acontece con todo, perjudicó á Alejandro. Abandonábase, en medio de las victorias, á excesos de todas clases, que

Bat. de
Arbela,
1.º de oc-
tubre.
331.

Muerte
de
Darío.
330.

329.

to arrastraban á cometer extravagancias y crueldades. Halló esculpida en una columna de cobre la órden de que para el rey persa se degollaran todos los días cien bueyes, cuatrocientos carneros, cuatrocientos gansos cebados, trescientas palomas bravias, seiscientos pájaros, trescientos corderos, treinta gacelas, treinta caballos, tal vez para los sacrificios; comida que costaba cuatrocientos talentos y que servía para quince mil personas (1). El rey persa convidaba á su mesa á diez ó doce individuos, comiendo, sin embargo, solo en un gabinete, desde donde veía sin ser visto, y únicamente en las grandes solemnidades se sentaba entre ellos, ocupando un elevadísimo trono, arrojándoles desde allí la comida y llamándoles cerca de sí para beber vino de inferior calidad, no cesando hasta no verlos á todos ebrios.

Alejandro quiso imitar este deplorable fausto, gastando de doce á quince mil francos en cada fiesta, convidando á setenta personas, y discutiendo con la libertad militar que las copas favorecen. Mandó comprar para su corte cuanta púrpura se encontrase en la Jonia, pues quinientas personas de aquella usaban este real distintivo. Su tienda de audiencia estaba apoyada en ocho columnas de oro, bajo un dosel recamado de este metal, y contenía quinientos lechos; quinientos guardias estaban allí con vestidos de color de púrpura y anaranjado; otros mil con ropajes de amarillo vivo y de escarlata; otros de azul turquí, y ademas quinientos Macedonios con el escudo de plata; de cuya materia era asimismo el asiento elevado que él ocupaba, y que se hallaba colocado en el centro.

Cuesta trabajo creer lo que se nos refiere acerca de su prodigalidad. Distinciones y donativos llovian sobre los Griegos y extranjeros; con ciento treinta millones de francos pagó las deudas de los Macedonios; licenció parte de los soldados, y les regaló veintin mil talentos (110 millones); á otros diez mil que despidió, les repartió veinte mil (2); y reunió en su serallo trescientas sesenta concubinas, multitud de eunucos y odaliscas, y toda la pompa y ostentacion de los Persas.

El título de dios ó hijo de los dioses era común á los reyes orientales, y se dió despues hasta los sucesores de Alejandro, tan inferiores á él; pero al principio los Macedonios no podían sufrirlo, pues amantes de sus patrios privilegios, contemplaban con disgusto al rey guerrero de Pella convertido en un Shah persa. De aquí se originaron murmuraciones que despues se trasformaron en quejas y quizá en tramas; con lo que se multiplicaron las sospechas del monarca; y como las adulaciones lo habían habituado á no encontrar obstáculos, se hizo severo y cruel. Casandro, que acababa de llegar de Macedonia, viendo las adoraciones que se le prodigaban, no pudo contener la risa, y Alejandro,

(1) 200 francos por persona.
(2) SAINTE-CROIX, p. 457.

ardiendo en cólera, le cogió por los cabellos y le sacudió repetidas veces contra la pared. Filotas, que no quiso revelar una conjuracion, fué muerto; Parmenion, su padre, el mayor capitán de Filipo y Alejandro, y amigo de este último, sufrió también la muerte por temor de que pensase en vengar á su hijo; ¡Tan pendiente es el sendero del despotismo! Clito, otro amigo de Alejandro, se atrevió á reprender al rey en el festin, y este, embriagado, lo atravesó con la lanza, llorándole despues con extremo arrepentimiento. El filósofo Calistenes, que hacía gala de estar en la corte y no adular, fué acusado de complicidad en una conjuracion, y condenado á muerte (1). Pero Cráteres, otro filósofo, no ménos sincero y mas cauto, conservó las costumbres macedónicas; por lo que decía el príncipe: *Ejestion ama á Alejandro: Cates ama al rey*; y empleaba al primero para tratar con los Persas, y al segundo para entenderse con los Macedonios.

Ejestion era la persona á quien mas amaba Alejandro, y cuando murió, hizo crucificar al médico, demoler los muros de Ecbatana, raer el pelo á todos los caballos, derribar el templo de Esculapio, y apagar el fuego sagrado en toda el Asia. Habiendo vencido á los Goseos, nacion belicosa de la Média, los degolló á todos, como Hecatombe á los manes de su amigo; despues derribó quinientas diez toesas de los muros de Babilonia para elevar con ellos una inmensa pira, consumió en los funerales las rentas de veinte ricas provincias (2), y sacrificó diez mil victi-

(1) Aristóteles decía, hablando de Calistenes: *Es un excelente orador, pero carece de juicio*; y oyéndole expresarse demasiado francamente con Alejandro, le aplicó lo que Tétis dice á Aquiles en la Iliada de Homero: *Ya me parece verte moribundo, ya muerto*. Un día Alejandro, con objeto de divertir á los amigos, le ordenó que improvisase las alabanzas de los Macedonios; y él lo hizo con tanta elocuencia, que todos los Macedonios le arrojaron sus coronas. Solo Alejandro conservó la suya, diciendo que á él no le admiraba que tan hermoso asunto suministrase al orador hermosas palabras. En seguida le mandó repentinamente revelar los defectos de los Macedonios, á fin de que se corrigiesen de ellos. Calistenes prorumpió en una declamacion mordacísima, especialmente contra Filipo, y concluyó aplicando á los magnates estas palabras: *Cuando la discordia entra en un reino, los peores se encumbran á los primeros puestos*. Encolerizáronse con esto en extremo los Macedonios; tanto mas cuanto que Alejandro observó malignamente que en el discurso de Calistenes había ménos elocuencia que hiel contra sus compatriotas.

(2) 12,000 talentos: 65 millones de francos. ARRIANO, lib. II, c. 14. El conde CAYLUS, en el t. XXXI de las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et belles lettres*, y ademas SAINTE-CROIX en su *Examen critique*, han querido dar el diseño de la pira de Ejestion; pero parece haber comprendido mejor el sentido de la historia y del arte griego el Sr. *Quatremerre de Quincy*, en las *Mémoires de l'Institut*, t. IV. Según lo que él deduce de sus datos, aquella pira era semejante, así en el uso como en la disposicion, á la que se empleaba para las apoteosis de los emperadores romanos, como la que nos describe Herodiano, y figura en algunas medallas. Formaba un conjunto piramidal de cinco cuerpos con un remate que servía de base al coronamiento. Los cinco cuerpos que se iban estrechando gradualmente, tenían un basamento de 600 pies en cuadro, y de 25 de altura; el segundo cuerpo tenía de ancho 200 y de alto 40; el tercero, de ancho 150 y de alto 36; el cuarto, podría tener 100 pies de ancho y 30 de elevacion, y el quinto, 70 de amplitud y 25 de altura. El pedestal del coronamiento contaba 4 pies de ancho con 2 de elevacion; total 180 pies. Los adornos descritos en las cinco zonas no constituían por sí solos el plano, como creyó Caylus, sino que figuraban juntos con los miembros de arquitectura.